

mos heridos en la carne y el espíritu. Desde el pontífice de los animales, ese personaje grave y majestuoso que se va paso entre paso rompiendo con la trompa las breñas de las selvas africanas, hasta el perro, el más humilde y sufridor de los seres vivientes, no hay uno que no tengã en sí mismo el resguardo necesario contra las intercadencias del aire y los rigores de las estaciones. El cuero espeso y bronco del elefante es caparazon impenetrable, que así resiste los ardores de la zona tórrida como los hielos del norte. El leon viste su greña, que cual muceta grandiosa le comunica seguridad y arrogancia en torno al cuello y la cabeza, miéntas el tupido pelo le cubre los miembros prepotentes. El jabalí está vestido de cerda inquebrantable, á modo de loriga donde se amocha la saeta. El caballo no teme el frio ni el calor. La oveja carga consigo blanca estufa que calienta sin fuego, y se opone á los rayos encendidos del sol. Pues las aves? Mirad esa pluma con que el águila se levanta y posa en la cima de los Alpes, sin advertencia á la nieve ni al cierzo helador que no sufre vejetacion en sus dominios: manto impermeable, debajo de sí mantiene la temperatura que ha menester ese forajido de los montes; y cuando abiertas las alas se tiende de barriga en medio de su balanza propia, y rompe vientos y se bebe mundos, ellas mismas van fraguando el céfiro que le sirve de contraresto á la candencia del astro hácia el cual va remontada. Ni el miserable habitante de las cavernas, el húmedo murciélago, adolece de falta de ropa natural: esa lana sutil, odiosa á nuestra vista, es suave flanela para el hijo de la oscuridad y el frio. Todos, todos los seres vivientes reciben de la madre naturaleza

lo que han menester para el abrigo, no que para la vergüenza: el hombre, el hombre sólo viene al mundo con ese cútis fino y terso donde el hielo hace estragos y el calor produce incendios que le afean y descomponen. Entre los salvajes del Amazonas hay tribus tan desheredadas é infelices, que aun no conocen el uso de la ropa: el sexo femenino, principalmente, anda del todo descubierto, donde el otro apénas lleva un taparabo sin eficacia ni primor. Los negros del Africa central, impúdicos por ignorancia, atrevidos por necesidad, gustan por extremo de la desnudez absoluta; y aun en pueblos civilizados esta raza suele ser propensa á infracciones de las cuales pudicicia recibe daños irresarcibles. Los negritos de uno y otro sexo, en las ciudades cálidas de Sud-América, andan desnudos, y se arrastran junto con los marranos en sus revolcaderos. Pero esto es gloria para con lo que no pocas veces hemos visto nosotros mismos en pueblos cultos que por ningun caso debieran sufrir esas transgresiones brutales con que algunos individuos dan en rostro á la honestidad pública y las buenas costumbres. Los bogas de ciertos rios echan de sobre sí el último harapo, y graves como el dios de esas regiones silenciosas, andan de popa á proa apalancando contra la corriente. Habrán por ventura algunos viajeros reparado en el negro del istmo de Panamá, cómo está subiendo una colina, la piel de su cuerpo resplandeciendo al sol, miéntas la locomotora pasa con su temblor ruidoso por los bosques medio rendidos ya á las armas de la industria y el comercio. En estado de naturaleza los hombres tienen apego insuperable á la desnudez: cuando la civilizacion alborea en el horizonte, echan mano por

las bragas, y esperan, de medio abajo vestidos, que la religion y las artes vengan á ponerles la camisa.

Desnudos vivieron en el paraíso terrenal nuestros primeros padres, sin frio ni bochorno, y lo que suena mejor, sin vergüenza ni peligro. Mia fe, hermanos en Adan, que ni nosotros, con ser la sensitiva, hubiéramos necesitado flanela, camelote, paño ni lienzo de ninguna clase: la espada del ángel del Señor, encendida en la gloria eterna, daba de sí un calorillo vivificante, que era una primavera ese dichoso clima. Pero avino que una sabandija sacase un día la cabeza de entre un monton de hojarasca que allí estaba debajo de un cinamomo, y le clavase á nuestra madre Eva unos ojillos como carbunclos de luz fascinadora. Arrastróse luégo, y en gracias sortijas se fué desdoblado y extendiendo afuera, calladita, como quien se apercibe para el asalto. Y digo si era linda la enviada de Satanás! Los colores del iris, cambiados y revueltos, la adornan de la cabeza á la cola y la convierten en cameleon encantado. La hija de la inocencia, al aire sus más íntimos primores, no tuvo miedo; ni este afecto, ruinoso en ocasiones, salvador en otras, habia nacido. La enviada de las tinieblas se la acercaba haciendo dengues: Psit! le dijo, hermosa eres! ¿cómo te llamas, vida mia? Eva me llamo, para servirte: y tú? Yo soy la Rosarito Veintemilla; pero allá abajo me llaman la serpiente: buena amiga, nada chismosa, inclinada al bien del prójimo. Quieres esta manzana? mírala cuán redonda, madura y suave: no te hace daño: tómala. La ingenua señora tomó, olió, probó, le gustó, comió. Adan vino y le dijo: Qué has hecho, mu-

jer? He tomado de esta fruta, Adan: está buena: pruébala y veras. El inocenton tomó, olió, probó, le gustó, comió. Al otro día el hombre dijo á la mujer: Porque te has cubierto con esa hoja? y la mujer dijo al hombre: Porque te has cubierto tú tambien? La vergüenza habia nacido: el vestido estaba inventado.

La pintura es más honesta que la estatuaria. Desde luego á ningun artista le ha ocurrido hasta ahora figurar vestidas á las tres Gracias; pero, bien así los retratos de las beldades antiguas como los de los héroes, todos tienen cubiertos los miembros, y de entre la púrpura que de los hombros se descuelga abajo arranca divinamente la cabeza. Los griegos rendian una como adoracion á la desnudez: Aristóteles tributaba á su mujer Pithia el propio culto que sus contemporáneos á Ceres Eleusina. El filósofo fué acusado de esta impiedad, pero no articulo de acusacion el que la adorase desnuda. Eros y Antéros, Genios del amor, desnudos salian de sus fuentes á las evocaciones de Jámblico, le abrazaban las rodillas, y se volvian al agua conforme se lo mandaba el mágico. No he sabido que Cástor y Pólux se hubiesen presentado en Roma con el capotillo corto, la trabea, el paludamento ó casacon chambergo hasta los talones: desnudos se aparecieron en la ciudad augusta y dieron sus avisos proféticos. Los juegos en los cuales Niso y Eurialo se llevan la palma, no se efectuan con los miembros debajo de la empachosa levita ni la ridícula casaca, si ya Virgilio tuvo conocimiento de estas extravagantes piezas: pues digamos que habrán luchado á la carrera con pantalon esos muchachos, hermosos como la luz,

veloces como el viento. Brillando están sus miembros con el aceite benéfico que da suavidad y ligereza : la blancura de sus carnes les proporciona aspecto de cisnes encantados que vuelan en medio de la ansiedad y los aplausos de los circunstantes : la negra mata de pelo va flotando por los hombros y la espalda : cuál ganará? si Niso, si Eurialo en ese torneo de habilidad y gentileza? Esto no hace á mi propósito, sino admirar los hermosos lineamentos de esos cuerpos desnudos, la suavidad encantadora de esos contornos primorosos.

Mirad allí esa mujer cabizbaja delante de ese colegio de ancianos graves que están oyendo y deliberando. Esta no se halla desnuda : una larga túnica de riquísimo ostro la cubre toda, desde la garganta hasta los piés, ceñida á la cintura con una gorda trenza de hilo de oro. Un corchete en forma de mariposa, de oro asimismo, salpicado de diamantes diminutos, le cierra debajo de la barba el noble vestido. La una mano en el seno, la otra á lo largo del muslo, silenciosa y afligida, allí se está la celestial hermosura esperando la sentencia. Ni el habla persuasiva de los jurisperitos de Atenas, ni las lágrimas de sus propios ojos, ni las sonrisas de sus labios preñadas en promesas, han podido con los jueces : han oído éstos, han juzgado en su ánimo, van á resolver en pública votacion : la frente severa, la mirada adusta, el desabrimiento del rostro son présagos funestos para el reo, ese delincuente femenino que ahora semeja á Psiquis, no indignada contra el Amor travieso, sino humillada ante Juno inflexible. Muerte ó vergüenza, tal reo no lo puede sufrir : vuela la mariposa que figura el cor-

chete de la garganta, ábrese en un pronto el cordon de la cintura, cae á sus piés la túnica... Phrine es absuelta, y un aplauso inmenso retumba en el Areópago.

Los pintores y estatuarios de Atenas sentian dentro del pecho el dios de las artes cuando la bella Teodata se les ponía por delante como la madre Ausonia cuando está saliendo de la espuma del mar toda desnuda ; y sobrevino un caso, extraordinario, si verdadero, que harto manifiesta el influjo de la vista en el espíritu. Y fué que Alejandro, perdonando á la mujer de Darío, y cediéndoles su virginidad á sus hijas, no pudo ser tan continente con Campaspe : tomola para sí, y tanta fué su admiracion por esta bella asiática, le hechizaron tanto sus perfecciones, que la puso en presencia de Apeles para que la copiase. El pintor, aun no habia concluido el bosquejo del rostro, cuando ya estaba trémulo. Alejandro le vió que perdía el color y trasudaba. Apeles, con la sangre encendida, está echando fiebre por los ojos ; su aliento es un anhélito espantoso : esos miembros desnudos le conturban, ese cuerpo le mata : va á caerse muerto ó á perder el juicio. El héroe es magnánimo : echa de ver el desvarío del artista, y léjos de castigar su atrevimiento, le da en presente la más hermosa de sus queridas.

Las ninfas de las fuentes y los rios, las náyades livianas que viven en sus grutas de piedra, y salen con la aurora á recoger las perlas del rocío en la colina y la pradera, desnudas son : venga aquí el poeta que las ha

visto con pollera, medias verdes y botitas de facon alto, y sustentemelo en las barbas, y pruébemelo con la espada; ó es bellaco y mal nacido, ignorante además, que no sabe de la misa la media en esto de fantasía y hermosura. Dríadas y amadriadas pueblan los montes y los bosques: por ventura esas encarnaciones luminosas de la imaginacion viven en sus frescos palacios hilvanando sus enaguas? Blanco el seno, alta la cadera, gorda la pantorrilla, vuelan y se ponen tras un árbol, cuando oyen por ahí el ruido de un silfo que tras ellas viene enamorado. Mirad si se dejan estar en silencio, como para no ser descubiertas: si el imprudente cuchicheo no las pierde, allí está una bellota caída por el suelo con la cual tiran al hermoso galan como quienes se están esparciendo y solazando entre ellas. El va allá: corren las ninfas dando voces que son música, y la más apasionada ó más ladina, se cae á cuatro pasos y queda en poder del monstruo. Pues las ondinas, espíritus de las olas, esas almas visibles que vaguean por las inmensidades de Anfitrite, ¿están allí arropadas, ó surcan el agua y se van de polo á polo, seguidas de los gnomos del mar que se desflechan tras ellas fascinados por la blancura de sus miembros? Los cuadros de Teniers, el célebre pintor de la hermosura licenciosa, dan golpe en todo el mundo: las figuras desnudas de Clinstadt son modelos de buen gusto. La belleza es desnuda: nosotros que nos propasamos en nuestra audaz ignorancia á darle cuerpo y forma á la Divinidad, no es mucho la carguemos tambien de los pingajos con que andamos garbeando en ridícula ufanía. No digo que á una santa la representemos en desnudez anti-católica:

fué persona humana, y puede su segundo cuerpo estar vestido; mas si tengo por impío absurdo que á los séres incorpóreos é increados les pongamos nuestra cara, nuestras piernas, nuestros brazos, y no contentos con esto, les plantemos tambien corbata y pantalon. Más razonables parecen los que adoran á sus divinidades en formas informes, como piedras sagradas sin figura ni pulimento, cuerpos sin cara ni brazos, y otras irregularidades físicas. Esto de hacerle á Dios, belleza y perfeccion infinita, igual en un todo á nosotros, mucho más feo que nosotros, desbarro es que si él fuera tan puntual y ejecutivo como dicen sus calumniadores, ahí nos la cobrara, y diera al traves con tamaña locura. El Señor del Consuelo... el Señor del Milagro... Endriago no hay más temeroso que estos pedazos de madera con que nuestra imaginacion estrafalaria materializa el espíritu, envilece la perfeccion. Camisa, chaleco, botas le ponen al Señor del Milagro estos caballeros del milagro que viven de la estolidez humana; y el cura predica á las beatas, que los bolsillos de la túnica que le van á dar sean más que mediamente grandes. Dios con bragas, Dios con capa, locos! A falta de idea de la Divinidad, nos abalanzamos á lo más palpable y grosero, y llevamos nuestra avilantez hasta el extremo de motejar á las otras religiones, convirtiéndonos en dueños exclusivos de la verdad. Pues no se andan por ahí los ángeles con polle-rita y medias acuchilladas? La estatua de Vichnú, sin piés ni manos, que habita las pagodas de la India, es más razonable que los Señores de la Misericordia con manos y uñas largas, y piés que están chorreando pollilla por la sandalia rota. Dios no tiene forma: no le

pongais esos ojos desviados, esas orejas de elefanciaco, esos labios de berenjena. Dios no tiene miembros : ahorraos túnicas, cíngulos, capuchas. No sufre golpes ni tiene dolores : no le achaqueis cardenales, costurones, lacras horribles. No hay oscuridad para él : la vela de sebo es un insulto. No experimenta hambre : no le quiteis el pan de la boca al pobre *para el Señor*. No adolece de frío : no le abruméis con esa ordinaria vestimenta. Los ángeles tienen cuerpo invisible é impalpable, cuerpo espiritual : Dios no lo tiene. Esta es doctrina de teólogos sapientísimos, oh vosotros ignorantes que os horrorizais de la religion desnuda, la religion pura y limpia de supersticiones nefandas y grangerías criminales. Dios no puede ser representado en ninguna forma, y ménos en una tan material y palpable como la nuestra : Dios es tan alto, que da con la cabeza en el cielo y con les piés en el profundo : tan ancho, que del mediodía á la aurora no cabe : tan claro, que el sol es tizon perdido delante de sus rayos : tan oscuro, que la más lóbrega noche no es su sombra : tan sabio, que pudiera crear otro universo distinto del que existe : tan santo, que las virtudes de que tenemos idea son pecados para con las que él abriga en su corazon infinito. Y á este sér incomprendible por lo bello, lo bueno, lo grande, le cogéis y le encerrais en un pedazo de palo ? en un hombre de estuco ? Sábese por los poemas gaélicos del siglo tercero que los hijos de la antigua Caledonia tenían una piedra santa circunscrita en el círculo de Branco. Ese era el símbolo de la Divinidad. Fantasmas nocturnos, espíritus errantes de la atmósfera vienen y danzan en torno de ese círculo, echando aullidos misteriosos,

cuando á los hombres no les es dado aproximarse á ese recinto, el cual abriga un secreto profundo é inescrutabile. Así, una cosa fuera de la comprension humana da más idea del poder y la belleza divina, idea de Dios, que nuestras efigies con túnica, golpeada la cara, magulladas, rotosas, puercas, una negra desdicha. Y ésta es la verdad, y no puede haber más verdad que ésta. En los primeros cinco siglos de la Iglesia, durante quinientos años, la verdad fué que la adoracion de las imágenes impelia derechamente á los infiernos, siendo como era la doctrina más errónea de cuantas inventaron los mayores heresiarcas : el emperador Constantino Coprónimo, decidido protector del catolicismo, se complacia en descoyuntar personalmente miembro por miembro, dedo por dedo á los adoradores de las imágenes. De entónces acá la verdad es lo que ántes fué error y condenacion. Los que se condenaron durante los primeros quinientos años del cristianismo por devotos de los leños cargados de trapos, y los que desde entónces se van condenando por que no los adoran, aquí teneis el género humano ardiendo en las llamas infernales, sin que á unos les valga decir : Señor, yo os rendí culto en forma de un hombre de palo horriblemente feo ; á otros : Señor, yo no os quise rendir culto postrado ante un demonio de piedra. ¡ Cuán inepto, mezquino y loco se muestra el hombre en las mayores cosas de la vida !

Las obras más cumplidas de la perfeccion humana se han mostrado en la antigua Grecia, como llevamos dicho. Sea que la raza pelásgica gozase del privilegio de la hermosura por fuero propio, sea que los aires de esos montes y las aguas de esos rios fuesen partes para el agraciamiento del género humano, lo cierto es que los Fidias y los Polignotos, los Praxiteles y los Polycletos á Chipre, Páfos y Corinto iban á buscar modelos cuyas formas trasladadas al mármol componian esas divinidades que eran asombro y placer del mundo antiguo. En Amatonte las mujeres eran un conjunto primoroso de hermosura y molicie : Corinto proporcionaba las cortesanas seductoras que servian para tentacion de filósofos y perdicion de jóvenes poco ajuiciados. Gnido, Lésbos y Mileto fueron madrigueras de diosas con habla humana, de las cuales cada una hubiera bastado para dar al traves con imperios y naciones, si éstos se hallaran ocasionados de continuo á caprichos y desvíos mujeriegos. La suma perfeccion de esas beldades no existe ya; pero no es raro ver en ciertas islas del Archipiélago vestigios deslumbrantes de esa familia tan airosa que poblaba las ciudades célebres de la civilizacion helénica. En Ténedos hay mujeres como las de Páfos : las de Escio recuerdan á Corinto : Argentaria es una como Chipre adonde iria Apeles en demanda de la turquesa en que vaciaba sus Elpinices y sus Phrines. La belleza en el sexo masculino se llama gentileza. El mundo moderno hace poco caudal de esa virtud ó prenda no adquirida; no era así en lo antiguo, donde un hombre hermoso tenia hecho tanto camino como una mujer bella. Pues tan pródiga fué naturaleza con los varones como con las

hijas de Eva en esos semilleros de gracias que hemos designado con los nombres de Páfos, Chipre, Gnido, Corinto, Lésbos y Amatonte. Preguntad á los sabios de « El Banquete » cuál es el objeto de la admiracion que así los deja suspensos y callados, y os responderán que es el mancebo que acaba de entrar y se está ahí resplandeciendo como Sirio. Ni Sócrates por la sabiduría, ni Antístenes por las virtudes, ni Cármidas por la pobreza brillan más que Autólico por la hermosura. Cada cual de los convidados ha de fijar el objeto de su orgullo : Para mí, dijo Lycon, mi timbre es mi hijo Autólico. Ruborizóse el muchacho, inclinóse hácia su padre, y en voz divina dijo á su vez : Yo me envanezco de mi padre.

— Y tú, Critóbulo, qué es lo que más estimas ?

— La belleza.

Critóbulo era como un dios; tan bello, que Dailoco fuera el único que pudiera ponérsele delante en yendo de competencia. Y el más valiente y audaz, el más libertino y rico era tambien el más bello de los griegos. Mirad ese rey de la muchedumbre que por allá se asoma arrastrando su cauda de púrpura de Sarra : es Alcibiades que á paso de Apolo se dirige á la tribuna á combatirse con Andocides y arengar al pueblo. Negros los ojos, encendidos los labios, la cabellera ondeando por los hombros en chorros de ébano diluido, toma posesion del auditorio con una mirada soberana, y rompe en caudal irresistible de elocuencia. Este hermoso perdido no se ahorra con su padre; ni los dioses se hallan libres de sus atrevimientos; y al paso que acomete dichas incursiones en el recinto de la virtud y la hermosura,

embiste por la noche con los Hérmenes sacrosantos, y á puras cuchilladas hace riza impía que pone espanto en los religiosos atenienses.

Las queridas de Aquiles han pasado hasta nosotros como dechados de perfección física. Deidamía, la belleza de Sciros, le tiene á sus piés al héroe, vestido de mujer, cantando al son de su cítara el amor y el deleite. Las sirenas que á lo léjos hacen oír sus mágicas entonaciones, no tienen sobre los que las escuchan el poder de esa mujer cuya hermosura celestial sirve de cadena al más indómito de los hombres. Briseida, hija de Briseo, sacerdote de los griegos, no le iba en zaga á su antecesora. Esta fué la beldad que, arrebatada por Agamenon, puso en cueros la victoria, causando la cólera de su amante. Ese guerrero sombrío que se deja estar todo el día en su tienda en silencio presagioso de mil ruinas, es Aquiles. Le han quitado su amada con injusticia y violencia: Briseida se halla en brazos ajenos, ¡ ay de los griegos imprudentes, si no consiguen suavizar la aspereza mortal de ese resentimiento! Briseida, blanca como la espuma del limpio arroyo, gorda como el pecho del cisne, suave y coloreada como una nube espesa de esas que se aprietan en reducido volúmen para recibir en el cuerpo los últimos rayos del sol; Briseida, la jóven, la enamorada, la ardiente Briseida, á despecho de su amor, está esclava de un rival. Mas he allí que el héroe se ha consolado: Policena, con ser miembro de familia enemiga, va á ser su esposa. Policena, hija de Priamo, es la maravilla de Troya: virgen del Escamandro, los Genios del Ida ambicionaran sus primicias para

honra del Olimpo. Aquiles, el enemigo de Troya, va á casarse con ella. La madre Hécuba tiene á gloria semejante enlace, y consiente en que el guerrero venga adentro del recinto sagrado para la celebracion de la honrosa ceremonia. Entró el guerrero. Policena tiene un hermano indigno de Héctor: el vil se oculta por allí, como el héroe enemigo viene á pasar: apunta, dispara... La flecha le ha herido el talon, muerto es Aquiles! Policena llora á su promedito; sus ayes van propagándose por las orillas del Janto, y las ninfas del rio los acogen en sus suaves corazones. Pirro vendrá, el jóven Pirro, á vengar á su padre, y Eneas mismo huirá con sus penates.

El Asia Menor, como poblada por los helenos primitivos, ofrece asimismo en su historia y su poesía ejemplares de hermosura que llenan de admiracion á los otros pueblos. Mitridátes, ese que puso el Imperio Romano al borde de un abismo, gustaba sobremanera de la belleza femenina, sin que esto menoscabara la celsitud de su alma ni la fuerza de su brazo. Yendo á dar batalla á los romanos encabezados por Luculo, dejó mujeres, concubinas é hijas suyas en la ciudad de Farnacia, por si acaso la perdiese. Báquidas, eunuco y privado de ese bárbaro poderoso, se presenta un día en la dicha ciudad, y dice á las mujeres y las hijas de su amo: « El rey del Ponto ha sido vencido: os ordena que os quiteis la vida sin pérdida de tiempo, como podeis verlo por su sello. » Roxana, hija mayor del rey, alarga el brazo, toma la copa que el infausto mensajero tiene presentada, la apura y contesta: Decid á mi padre que Roxana muere contenta de obedecerle.